

nacer, y tiende sus brazos á este salvador inesperado. Una era nueva comienza: Jesucristo se hace sentir en la persona de su vicario, recobra manifiestamente el timon de la humanidad que se creia haber arrancado para siempre de sus divinas manos.

Sin embargo, no nos lo disimulemos: el espíritu filosófico podria muy bien no haber acabado todavía su obra terrible, su obra de destruccion. Ya ha derribado la *sociedad moral* y trastornado la *sociedad política*, pero tal vez no es el término último de las funestas consecuencias que él encierra en sí; es necesario que destruya y que destruya todavía: es necesario que la *sociedad civil*, resienta á su turno la influencia mortal de su soplo deletéreo; es necesario que no teniendo ya mas que devorar, semejante al famélico Eresichthon, él se devore á sí mismo. Entonces nada quedará en pié. Yo no me engaño: cuando las espesas nubes de polvo levantadas de en medio de los escombros se hayan disipado, cuando el cielo vuelva á manifestarse sereno, se verá aparecer un majestuoso edificio, espléndido como el oro purificado en el fondo del crisol; y á este aspecto inesperado los pueblos, reducidos á la mas horrorosa desesperacion, lanzarán gritos de alegría y volverán á abrigarse en la casa de su Padre, que habian abandonado para ir á consumir su sustancia en regiones desoladas y lejanas. Curados, esperámoslo, por tantas crueles experiencias, de las locuras de la juventud, entrarán con resolucion en la fase de la edad madura, y dóciles á las doctrinas saludables de la cruz, prepararán para las generaciones futuras la era de la felicidad predecida por los profetas.

Hoy que nos hallamos hundidos en una confusion de opiniones, en un caos de dudas, de vicios y de errores, esta era maravillosa no nos parece mas que una delirante utopia, pero que se suponga (y queremos creer por honor de la humanidad que esta suposicion no es puramente imaginaria), que se suponga, decimos, á los espíritus penetrados de esta verdad: que la virtud es nuestro primer bien y que el Evan-

gelio es el mas perfecto ideal; que los padres y las madres y los que están encargados de instruir á los niños los eduquen en este principio, dándoles el buen ejemplo, embalsamándoles en una atmósfera celeste, que los preserve de los miasmas de las pasiones; que la cátedra, la prensa, las artes, el teatro mismo, que todas las voces se unan como en un santo concierto para ensalzar la virtud y condenar el vicio; que se haga todo esto y se verá cómo en menos de una generacion, el mundo está renovado. Quedarán todavía sus debilidades, no hay duda; pero estas debilidades él las deplorará, en vez de justificarlas y envanecerse de ellas; él las enmendará y aun las hará servir á su propia grandeza por un generoso arrepentimiento.

¿Llegará, pues, este dia venturoso en que los hijos de Adan renunciando á todas las quimeras que los seducen y los pierden hace mas de seis mil años, se abracen para siempre de la verdad, principio de toda dicha, que poseen en medio de ellos? ¿Irán, en fin, un dia á beber la vida en su mas pura fuente?

Entretanto, la Europa, por la eficacia de la legislacion cristiana, ha venido á ser, á pesar de su inferioridad geográfica, la primera de las partes en que está dividido el mundo. Las otras partes del globo en que domina todavía el paganismo, no son mas que sus humildes vasallas. La América, principalmente la que fué española, en medio de las agitaciones que conturban continuamente la existencia de aquellos pueblos por la anarquía política que los devora desde que se emanciparon de su gran metrópoli, la unidad y la virtud del principio católico defiende todavía esta existencia que de otra manera habria ya sucumbido.¹ En cierto sentido Jesucristo

¹ En estos últimos tiempos, el espíritu falso filosófico ha venido á aumentar la corrupcion que las revueltas políticas han engendrado: la prensa desbordada se ha introducido en el campo de la religion y ha venido á aumentar los conflictos y el desórden; pero no han faltado escritores ilustres que levanten su voz para defender los principios ortodoxos y evitar la anarquía moral.

reina ya sobre toda la tierra, y es fácil prever que en una época mas ó menos lejana, ella inclinará voluntariamente la cabeza bajo el dulce yugo de su Salvador. Cuando el espíritu filosófico haya penetrado en esas regiones, hace tanto tiempo entregadas al feticismo, á la idolatría y á ridículas supersticiones; cuando haya puesto en evidencia todas esas miserias de que es, sin embargo, el autor, se hará muy pronto entera justicia; pero como este espíritu está condenado á no ser mas que un soplo disolvente, el espíritu le seguirá de cerca, y se apoderará de las almas, á quienes habrá dejado desoladas en el vacío inmenso de la negacion y de la duda.

Asistimos, segun parece, al comienzo de esta revolución inmensa. Los pueblos infieles se sienten atraídos hácia la Europa, y la Europa se siente atraída hácia ellos: pero la diferencia es que ellos vienen suplicando, pidiendo la limosna de sus artes y de sus ciencias, en tanto que la Europa marcha sobre ellos como dominadora: en pos de sus pasos la cruz avanza, cual en la Edad Media, en la conquista de las naciones idólatras, como reina pacífica y consoladora. Así toma posesion de todas las regiones del globo que no le estaban aún sometidas: se le ve elevarse sobre las riberas del Asia y del Africa, y hasta en las islas mas remotas de la Oceanía. Segun la prediccion del profeta Isaías, la ciencia tiende á llenar el mundo cristiano. Los valles están cegados, se han abatido las colinas, los caminos que eran tortuosos se han enderezado para dejar pasar á la augusta Verdad: el espacio está vencido; el hombre llevado en alas de fuego, vuela con la rapidez del pájaro: ni las altas montañas ni los vastos mares lo detienen; todos los obstáculos se desvanecen ante la fuerza y la perseverancia de su voluntad. ¿No vendrá á suceder que la tierra renovada por los multiplicados enlaces de sus diversas partes, forme en un dia próximo una familia de hermanos, dichosos en invocar juntos al mismo Padre celestial que los ha salvado por la sangre de su divino Hijo? La Europa que se ha mostrado tan solícita en despertar á los demas pueblos

de su sueño de muerte, ¿no los atraerá hácia ella rápidamente en las circunvoluciones de su órbita cristiana?

Sin embargo, no estará todo cumplido, aun cuando la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia. Dios se acordará entonces de los restos de la nacion deicida, ciega á causa de su incredulidad, errante en medio de los pueblos para servirles de ejemplo por su castigo y dar hasta el fin testimonio de la verdad. Querida aún, á causa de sus padres, de Aquel que la hiere con tanto rigor, ella resentirá al fin la influencia omnipotente de la gracia. Sus ojos abatidos se abrirán, se despertará como de un prolongado letargo y espantada de su aislamiento en el mundo, *ella mirará á Aquel á quien ha traspasado; le llorará como se llora á un hijo único, como se llora á un primogénito*, y las lágrimas de arrepentimiento la purificarán, y el Padre escuchará la súplica del Hijo por sus verdugos: *Padre perdonadlos; ellos no saben lo que hacen!* "Porque, como dice San Pablo, si los judíos han caído ahora en la incredulidad, es para dar lugar á que ellos, á su turno, reciban la misericordia que ya nosotros hemos recibido: habiendo Dios encerrado á todos los hombres en la incredulidad, á fin de hacer misericordia á todos." Y el grande apóstol, como trasportado por una radiosa vision, esclama: "¡Oh profundidad misteriosa de los tesoros de la ciencia de Dios! ¡Cuán impenetrables son sus juicios y cuán incomprensibles sus caminos! Todo viene de Él; todo es para Él; todo es en Él. ¡A Él se le debe honor y gloria por los siglos de los siglos!"¹

Los destinos humanos no han llegado aún á su último término: hay una hora suprema ya marcada en el cuadrante de los siglos en que el gran drama de este mundo tendrá un terrible y final desenlace. ¿Cuándo llegue esta hora? Es un secreto que el Padre celestial se ha reservado á sí propio; y que los ángeles mismos del cielo ignoran. En este tiempo, acontecerán prodigios en el sol, en la luna, en las estrellas: los hombres se sentirán sobrecogidos de terror, esperando lo

¹ *Epíst. á los Romanos, cap. II.*

que debe suceder á todo el universo; porque las virtudes celestiales estarán conmovidas. Entonces el signo del Hijo del Hombre aparecerá en los cielos; todos los pueblos de la tierra harán estallar su dolor, y ellos verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Rodeado de sus ángeles se sentará sobre el trono de su gloria; y todas las naciones estarán reunidas delante de Él; y separará los unos de los otros como un pastor separa á las ovejas de los machos cabríos. Y colocará á las ovejas á su derecha y á los machos cabríos á su izquierda. Y el *Rey* dirá á los que están á su derecha: *Venid, benditos de mi Padre, venid y poseed el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo.* Y despues á los que están á su izquierda: *Apartaos de mí, malditos! id al fuego eterno que ha sido preparado para Satanás y para sus ángeles.* Y estos irán á los eternos suplicios, mientras que los justos disfrutarán de la vida y de las delicias de una dicha sin fin.

CAPITULO XLI.

La Cruz.

Una nacion tiene su bandera, un ejército sus pendones, una ciudad sus blasones, una familia sus escudos de armas; toda sociedad quiere tener un símbolo que la caracterice. ¿Cuál será, pues, el de la gran sociedad moral de la tierra? ¿qué signo podrá reunir en sí y espresar claramente á todas las miradas los caracteres generales de la humanidad? LA CRUZ. La cruz, sí, en otro tiempo el patíbulo de los esclavos, es decir, de las tres cuartas partes del género humano; la cruz sobre la cual el Libertador esperado durante cuarenta siglos ha muer-

to en ese género de suplicio á fin de abolir para siempre toda esclavitud: he ahí el estandarte de los pueblos manumitidos y reconocidos por su libertad.

La cruz es la mas alta espresion de la humanidad: ella la refleja de una manera admirable hasta en sus mas imperceptibles gradaciones; es un libro inmenso adonde se revelan nuestro origen, nuestra naturaleza, nuestros destinos, nuestro fin; es el compendio del cielo y de la tierra. Ella recuerda al Dios criador, al Dios redentor, al Dios santificador: ella tambien trae á la memoria al hombre inocente, al hombre decaído, al hombre regenerado: es el punto de confluencia en que se hallan divinamente unidas, la santidad, la justicia y la misericordia; es el término de todas las antiguas tradiciones; es el altar donde el pecado se halla abismado en la expiacion y el arrepentimiento.

Si las obras de la creacion revelan un Dios poderoso y magnífico, la obra de la cruz revela todo lo que la bondad y el amor divino tienen de mas profundo y mas conmovedor. Es un Dios ultrajado y es un Dios que perdona; es el hombre que peca y es el Dios que expia.

¿Qué es, pues, el hombre para haber merecido tal sacrificio?... *Habéis sido rescatados á precio muy caro*, nos dice el Apóstol; y estas palabras nos hacen comprender que si la cruz es el signo de nuestra debilidad, de nuestra miseria, de nuestra corrupcion, ella es tambien el signo de nuestra grandeza, de nuestra dignidad, de todas las nobles prerogativas de nuestro sér. Ella nos dice muy alto que hemos merecido la muerte; pero nos dice mas alto todavía que hemos valido un Dios.

Sí; todos los hombres valen un Dios, y en lo de adelante, no se podrá llamar vil á una alma rescatada por la sangre de Jesucristo. La igualdad; pero una igualdad noble, descendiendo de lo alto de la cruz y marca en la frente, con un carácter glorioso, al mas ínfimo de los hijos de Adán, al niño mismo que no vive todavía sino en el seno maternal. La cruz manda respetar al hombre cualquiera que sea, al débil como al